La Comédiathèque

La Barra

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

La Barra

Jean-Pierre Martinez

En la barra de un bar, a la hora de hacer balance, una mujer que dice ser escritora cuenta a la dueña algunos episodios decisivos de su vida.
Sus relatos, entre el recuerdo y la fantasía, cobran vida en el escenario del local.

Se suceden dieciocho personajes, todos femeninos en esta versión, aunque el reparto puede variar ampliamente en número y género.

© La Comédiathèque

Dos mujeres entran en un bar. Echan un vistazo al local y se acercan con cierta vacilación a la barra, detrás de la cual la dueña permanece impasible, de pie, secando copas.

Una – ¿Qué vas a tomar?

Dos – No sé… ¿Una copita de vino?

Una – ¿Tinto o blanco?

Dos – Tinto…

Una – Dos tintos, por favor.

Dueña – ¿Rioja o de la casa?

Una – De la casa…

Dueña – Luego no diga que no la avisé.

La dueña les sirve las dos copas.

Una – Vamos a sentarnos antes de que se ocupen todas las mesas…

Dos – Vale.

Las dos mujeres se sientan a una mesa. La primera prueba el vino y pone mala cara.

Una – No sé si hemos acertado…

Dos – ¿Con el espectáculo?

Una – Con el vino, desde luego, no…

La segunda prueba también el vino.

Dos – Uf… No parece precisamente un gran reserva…

Una – ¿Y qué clase de velada es esta?

Dos – No me he enterado muy bien… *(Saca un folleto del bolsillo.)* «Vasos en la barra»… La entrada era gratis. Supongo que será una especie de cabaré…

Una – ¿Cabaré?

Dos – O monólogos cómicos, qué sé yo.

Una – Pues no veo ningún escenario.

Dos – Ni público. De momento estamos nosotras solas.

Una – «Vasos en la barra»… A ver… *(Mira el folleto.)* Espera un momento. ¡Aquí pone «Versos en la barra»!

Dos – Y más abajo dice: «El primero, gratis». ¡Qué detalle! No pagas la entrada y encima te invitan a una copa. Cualquier día nos pagarán por quedarnos hasta el final…

Una – ¡El primer verso, no el primer vaso! ¡Joder, que es un recital de poesía!

Dos – ¡No me fastidies! *(Le quita el folleto y lo mira de nuevo.)* ¡Mierda, es verdad!

Una – Hay que ver a dónde puede llevarte leer en diagonal…

Dos – Ahora entiendo por qué era gratis…

Transición musical. Entra una clienta. Antes de acceder al local, da una última calada a su cigarrillo.

Una – Y ahora ya es demasiado tarde para salir corriendo.

La clienta apaga el cigarrillo, mira la sala y empieza a declamar.

La clienta –

En la barra de los fumadores dispersos,
junto a un periódico arrugado,
una rubia y una morena, apagadas,
aún recuerdan el olor del tabaco frío.
Las volutas ya son solo vapor.
Silba una vieja cafetera italiana;
la mano del camarero sirve un café largo.
Un café solo sustituye al vino blanco.
En la barra ya no quedan colillas.
Solo el sabor amargo del café.

Las dos mujeres de la mesa se quedan desconcertadas.

Dos – Bravo, es… Sí, bueno… Muy original.

Una – Distinto, desde luego…

Clienta – Gracias…

Dos – Y… ¿se sabe usted muchos de esos?

Clienta – Unos cuantos.

Una – Mierda… Quiero decir, estupendo…

Clienta – ¿Quieren otro?

Una – Pues sí, por qué no… Aunque esta vez probaré el Rioja.

Clienta – Me refería a otro poema.

Dos – Ah, claro, por supuesto…

Una – ¡Faltaría más! *(Aparte.)* Poesía… Menuda encerrona, joder.

Dos – Creo que es hora de largarnos…

Mientras las dos mujeres se escabullen discretamente, la clienta declama:

Clienta –

Sobre la barra, unos vasos olvidados.
Esta noche me acompañan unos versos cansados.
He dejado la niebla fuera, entre calles de luto,
y en la oscuridad humea la pipa de un condenado.

La clienta se planta delante de la barra.

Dueña – ¿Qué le pongo a la señora?

Clienta – No sé… No me apetece nada…

Dueña – ¿Nada? Lo siento, eso no lo servimos.

Clienta – Solo me apetece tirarme debajo de un tren.

Dueña – Pues ha venido al sitio equivocado. No llevo gorra de jefa de estación. Si quiere quedarse, tendrá que consumir.

Clienta – Está bien… Una cerveza. Cuando una tiene ideas suicidas, una cerveza parece lo más apropiado, ¿no?

Dueña – ¿Cuál?

Clienta – Una Muerte Súbita.

Dueña – De esa marca no tengo. Solo hay cerveza de barril.

Clienta – ¿Y de qué marca es?

Dueña – De la de siempre.

Clienta – ¿Y cómo se llama?

Dueña – Aquí la llamamos cerveza.

Clienta – ¿Nada más?

Dueña – Hace un momento no sabía qué pedir y ahora se queja de que no hay variedad.

Clienta – Pues póngame la de barril.

Dueña – La gente no viene aquí por la cerveza, ¿sabe? Cerveza ya tiene en la nevera de casa.

Clienta – Tiene razón. Vendrá buscando un poco de calor humano…

Dueña – Aquí servimos lo que hay. Y bastante hacemos.

Clienta – Una caña, entonces. No, dos…

La dueña le sirve dos cañas.

Dueña – Aquí tiene… Dos cañas.

Clienta – Dos. Una para beber y otra para no sentirme tan sola.

Dueña – Qué graciosa es usted… ¿Espera a alguien?

Clienta – Si esperara a mi media naranja, estaría sentada a una mesa, retocándome el maquillaje. No aquí, de pie, despeinada y hablando sola.

Dueña – Gracias por la parte que me toca.

La clienta empuja la segunda caña hacia la dueña.

Clienta – Usted es otra cosa… *(Chocan los vasos.)* Quien está detrás de una barra es un poco como un psicoanalista o un cura: se le puede contar todo, pero no preguntarle nada. Y mucho menos si tiene problemas con su madre o si también se le pasan ideas negras por la cabeza…

Dueña – ¿Tiene problemas con su madre?

Clienta – ¿Y usted piensa cosas horribles de vez en cuando?

Dueña – ¡Eso a usted no le importa!

Clienta – ¿Lo ve…?

Dueña – ¿Ha venido buscando bronca?

Clienta – He venido buscando inspiración.

Dueña – ¿Ah, sí…?

Clienta – Los poetas suelen ir a los bares a buscar inspiración. ¿No lo sabía?

Dueña *(irónica)* – Claro, claro. Todos mis clientes son poetas.

Clienta – Dicen que cada día cierran dos bares en este país. Lo leí esta mañana en el periódico.

Dueña – Yo no leo el periódico.

Clienta – ¡Pero lo vende!

Dueña – También vendo tabaco. Y no fumo.

Clienta – ¿Dónde buscarán inspiración los poetas cuando todos los bares se conviertan en restaurantes de comida rápida?

Dueña – Que se busquen la vida.

Clienta – Cuando ya no se oiga el tintineo de las cucharillas contra las tazas, los poetas se habrán quedado sin refugio.

Dueña – Pues podrían empezar por pagar el café. A lo mejor así cerraban menos bares.

Clienta – Créame, cuando solo queden locales de comida rápida, los poetas acabarán escribiendo novelas para leer en los trenes.

Dueña – ¿Por eso quiere tirarse debajo de uno?

Clienta – O quizá porque temo no encontrar la inspiración.

Dueña – ¿De verdad cree que aquí va a encontrar algo que contar?

Clienta – Si las barras hablaran, tendrían muchas historias, ¿no?

Dueña – Seguro… Pero no sé a quién iban a interesarle.

Clienta – Precisamente en un bar como este me enteré de las notas de Selectividad.

Dueña – No me diga…

Clienta – Los exámenes, el carné de conducir… Son etapas importantes, ¿no? Ritos de paso…

Dueña – Yo no llegué muy lejos con los estudios. Y el único permiso que me darán será para enterrarme.

Clienta – Podría contar mi vida… O la suya…

Dueña – ¿Se puede cobrar por contar la propia vida? Todos mis clientes lo hacen gratis.

Clienta – No se cobra mucho…

Dueña – ¿Cacahuetes?

Clienta – Sí, más o menos.

Dueña – No, le pregunto si quiere cacahuetes. Para acompañar las cervezas.

La luz se desplaza hacia una de las mesas, donde se han sentado dos chicas jóvenes. Ambas miran a través del ventanal que da al público.

Una – ¿Qué coño hacen aquí tantas palomas?

Dos *(distraída)* – ¿Qué?

Una – ¡Las palomas! ¿Por qué solo las hay en las ciudades? *(La otra parece preocupada por otra cosa.)* No son animales domésticos, como los perros o los gatos. Son aves. Son libres, no están enjauladas y pueden volar. Podrían largarse.

Dos – ¿Adónde quieres que vayan?

Una – Yo qué sé. Al campo. ¿Por qué no se van todas al campo?

Dos – ¿Al campo? Allí no encontrarían nada que picotear…

Una – Me dan ganas de vomitar cuando las miro.

Dos *(ausente)* – Ya…

Una – Mira, son coprófilas.

Dos – ¿Cómo?

Una – ¿No has visto lo que comen?

Dos – ¿El qué?

Una – Mierda de perro.

Dos *(mirando sin demasiado interés)* – Ah, ya…

Una – ¿No es eso lo que llaman un ecosistema?

Dos – ¿Por qué se quedan aquí comiendo mierda, cuando en el campo podrían comer cerezas?

Una – Las cerezas no están de temporada todo el año. *(Suena su móvil; contesta.)* Sí… Sí… Sí… Vale.

Cuelga.

Dos – ¿Y bien?

Una – Aún no han publicado las notas…

Dos – ¿Y si hemos suspendido?

Una – Prefiero no pensarlo. ¿Por qué íbamos a suspender?

Dos – No sé. Miedo al éxito. Como el caballo de concurso que se niega a saltar el último obstáculo. Les pasa hasta a los campeones.

Una – Oye, que no somos caballos. Y si aprueban los demás no nos quitan a nosotras el aprobado. No es una carrera de caballos. Como el carné de conducir: que lo saque mucha gente no te da menos posibilidades.

Dos – Ya, pues el de conducir lo he suspendido dos veces… ¿Por qué se llama así, por cierto?

Una – ¿El carné?

Dos – ¡La Selectividad!

Una – Porque seleccionan a los que se van a dar el batacazo en la universidad, supongo…

Dos – A mí me recuerda a las clases de latín. ¿Te acuerdas de aquel río que tenían que cruzar los muertos para llegar al otro mundo? En una barca…

Una – ¿Y eso qué tiene que ver?

Dos – Que no sabes qué te espera al otro lado. Pero antes tienes que conseguir cruzar.

Una – Pues como suspenda, la muerta voy a ser yo. Mis padres me matan. Me han metido en este colegio religioso porque presumía de un cien por cien de aprobados. Les cuesta un sueldo al mes. Como no les salga rentable… Y no sé a quién se le ocurrió poner un río en mitad del más allá. ¿No tenían ya suficientes problemas los muertos?

Dos – También hubo años de un noventa y nueve por ciento. O sea, que alguien suspende de vez en cuando. Pasa poco, pero pasa.

Una – Yo qué sé. A lo mejor ese alguien se quedó dormido el día del examen.

Dos – Calla, que nos vas a gafar.

Una – ¿Por qué?

Dos – Porque todavía no hemos cruzado el río…

Una – ¿No pensarás ponerte a remar ahora?

Dos – Tú ríete, pero como dependieras de tus conocimientos de geografía, yo ya estaría encendiendo una vela.

Suena el móvil. La primera contesta enseguida.

Una – Sí… Sí… Sí… Vale…

Cuelga con expresión impasible.

Dos – ¿Qué?

Una – Acaban de publicar los resultados.

Dos *(paralizada)* – ¿Y…?

La primera deja de fingir y estalla de alegría.

Una – ¡Que hemos aprobado! ¡Joder, que hemos aprobado!

Se abrazan.

Dos – ¡Qué susto me has dado! ¡Me va el corazón a mil!

Una – Pues que no se te pare ahora, que tenemos que celebrarlo.

Dos – ¿Y qué nota hemos sacado?

Una – Bastante es que hayamos aprobado. Tampoco vamos a pedir un milagro. ¡Joder, habrá que celebrarlo!

Dos – Sí… Aunque hoy día aprueba todo el mundo…

Una – Pues eso. Ahora empiezan los problemas.

Dos – Por eso me acordaba de las clases de latín.

Una – ¿Del latín?

Dos – De cruzar el río… Y llegar al infierno.

Una – Olvídate del profesor de latín. ¡No tienes por qué volver a verle nunca! Uf, qué calor me ha entrado de golpe… Me apetece tirarme de cabeza a un río.

Dos – A mí también. Meterme en el agua y desaparecer un rato…

Una – ¡La vida es maravillosa! ¡Es verano!

Dos – Tienes razón. Vamos a bañarnos en el río del olvido…

Se marchan. Volvemos a la barra.

Dueña – ¿Y aprobó?

Clienta – Por los pelos.

Dueña – Sus padres estarían contentos.

Clienta – Si lo estaban, no dijeron nada.

Dueña – Hay gente poco habladora.

Clienta – Me habría gustado que mis padres me dijeran, al menos una vez, que estaban orgullosos de mí. Aunque fuera mentira. ¿A usted no?

Dueña – A mí me habría gustado poder decirles que estaba orgullosa de ellos…

Clienta – ¿Tiene hijos?

Dueña – No. Y no sé si se habrían sentido orgullosos de mí…

Clienta – ¿Por qué?

Dueña – Así que no se tiró al río…

Clienta – Debería haberlo hecho. Porque fue entonces cuando empezaron los problemas.

Dueña – ¿No encontró trabajo?

Clienta – Sí. Un trabajillo, como dicen.

Dueña – Siempre es mejor que hacer la calle.

Clienta – Según se mire… Los exámenes marcan el final de la inocencia, pero el primer empleo es como perder la virginidad: descubres que te han jodido de verdad. Sabes que la primera vez duele un poco, que luego te acostumbrarás… y sospechas que tendrás que echarle mucha imaginación para acabar disfrutándolo. ¿Cómo fue en su caso?

Dueña – ¿Perder la virginidad?

Clienta – ¡Su primer trabajo! ¿Qué hacía antes de montar su propio negocio?

Dueña – Me prostituía en la calle.

Clienta – Ah… Entonces sabe de lo que hablo.

La luz se desplaza a la otra mesa, donde está sentada una mujer con aspecto de directiva comercial. Llega una chica rubia que parece estudiante.

Mujer – Siéntese, por favor… *(Algo sorprendida.)* Usted es la señorita…

Chica – Ben Salah. Aicha Ben Salah…

Mujer – Eso es… Y… es usted rubia.

Chica – Sí, ya me lo han dicho más veces. Es por mi bisabuelo, que… Aunque normalmente eso tranquiliza a los empleadores. Cuando consigo llegar a la entrevista, claro. ¿Hay algún problema?

Mujer – No, ninguno…

Chica – El anuncio decía que buscaban a alguien para vender seguros, ¿no?

Mujer – Seguros de decesos, exactamente. Vendemos planes funerarios. Es un mercado muy saturado… Buscamos a alguien que venda puerta a puerta en los barrios de las afueras.

Chica – ¿Y por qué no una rubia?

Mujer – En determinadas zonas… Pensábamos que una rubia… Bueno, que conectaría menos con los clientes.

Chica *(entregándole una hoja)* – Aquí tiene mi currículum. Los antecedentes penales no hacía falta traerlos, ¿verdad?

Mujer – Hay que tener mucha habilidad para vender estos productos. Cuando alguien no sabe cómo va a pagar el alquiler a fin de mes, no suele pensar, mientras desayuna, en endeudarse durante cincuenta años para pagarse la última morada.

Chica – Desde luego…

Mujer – Empezamos vendiendo enciclopedias. Tampoco era fácil colocar veintiocho tomos a personas que, en muchos casos, ni siquiera sabían leer.

Chica – Bueno, las enciclopedias también tienen ilustraciones…

Mujer – Luego probamos con los seguros médicos. Pero hay demasiada competencia… No. Los planes funerarios siguen siendo un negocio con futuro. Mucho futuro.

Chica – Enfermar no enfermamos todos, pero morir, morimos todos… Hasta los analfabetos.

Mujer – Esto no será una prueba encubierta de discriminación, ¿verdad?

Chica – ¿Cómo dice?

Mujer – No se habrá teñido de rubio para luego acusarnos de discriminarla…

Chica – Tranquila. Soy rubia natural.

Mujer – Nosotros no somos racistas, ¿sabe? Lo que pasa es que queríamos que usted desarrollara un nuevo segmento del mercado: los planes funerarios adaptados al rito musulmán. Un sector en expansión, gracias a varias generaciones de familias inmigrantes.

Chica – Puedo poner acento árabe…

Mujer – ¿Sabría hacerlo?

Chica – Con unas clases de repaso…

Mujer – ¿Y funcionaría?

Chica – Si me pongo una chilaba…

La mujer reflexiona.

Mujer – Bien… Me ha convencido. Si quiere dedicarse a vender, lo primero es saber venderse a sí misma. Y créame: convencerme de contratar a una rubia no era fácil. *(Se levanta.)* ¡Enhorabuena! La contrato a prueba.

Chica – Gracias.

Mujer – Y si lo hace bien, dentro de tres meses tendrá trabajo fijo. De por vida, si aguanta.

Chica – Lo dice como si fuera una condena…

Mujer *(con una sonrisa satisfecha)* – ¡Da gusto encontrar gente joven con ganas de trabajar!

Salen. Volvemos a la barra.

Dueña – No habrá venido a venderme un plan funerario, ¿verdad? Si es así, ahórrese el discurso. He decidido que me incineren y que donen mis cenizas a la ciencia.

Clienta – No se preocupe. Nunca conseguí vender un solo plan funerario. Para eso hay que tener algo más que labia, créame. Hay que tener fe.

Dueña – ¿No cree en Dios?

Clienta – ¿Y Dios cree en nosotros?

Dueña – ¿Y después? ¿Se metió a monja?

Clienta – Después encontré un trabajo de verdad.

Dueña – Un trabajo de rubia.

Clienta – Exacto.

Dueña – Pero tampoco cuajó.

Clienta – Creo que no estaba hecha para la vida de empresa.

Dueña – Se le nota que no es precisamente una luchadora.

Clienta – Pensé que me acostumbraría. Que acabaría resignándome.

Dueña – La comprendo. Yo no habría soportado tener un jefe.

Clienta – Pero no. Nunca conseguí resignarme. Y lo de «para toda la vida» no es lo mío…

Dueña – No recibir órdenes ni darlas. En cuanto tienes empleados, te conviertes en su esclava.

Clienta – ¿Tampoco tenía jefe cuando trabajaba en la calle?

Dueña – Mi única patrona era María Magdalena. Y que tire la primera cerveza quien esté libre de pecado.

Clienta – Yo tampoco he soportado nunca que me digan lo que tengo que hacer. Cómo vestirme… o cómo desnudarme.

La luz vuelve a una de las mesas. Una mujer con aspecto de ejecutiva, arreglada pero en vaqueros, está sentada. Abre su maletín, saca un catálogo y lo hojea mientras bebe café. Suena su móvil. Contesta.

Ejecutiva – ¿Sí? Ah, sí… Sí, sí, aquí la espero. No, creo que he llegado un poco pronto. ¿A qué hora habíamos quedado exactamente?

Entra su directora, vestida con traje de chaqueta, el móvil pegado a la oreja. Se mueve a toda velocidad, como si hubiera tomado algún estimulante. Se sienta a la misma mesa.

Directora – A las diez y cuarenta y cinco. ¿Tiene las imágenes de la nueva campaña?

Siguen hablando por teléfono, como si no estuvieran sentadas frente a frente.

Ejecutiva – Sí, claro. Ya verá, ha quedado magnífica…

La ejecutiva pasa una página del catálogo. La directora se lo quita de las manos y lo examina.

Directora – Ah, sí, es…

Ejecutiva – Diferente…

Directora – Sí…

Ejecutiva – Los creativos han hecho un trabajo estupendo.

Directora – Por una vez han sido creativos.

La ejecutiva advierte de pronto lo ridículo de la situación y parece descubrir que la directora está justo enfrente.

Ejecutiva – ¿Le apetece un café?

La directora levanta los ojos del catálogo y también parece reparar en su interlocutora.

Directora – Eh… No, gracias. He dejado el café. Me mancha los dientes y me entran ganas de mear.

La directora observa a la otra mujer. Algo en su atuendo le llama la atención, aunque tarda en descubrir qué es.

Directora – ¿No lleva sujetador…?

Ejecutiva – Pues… no. ¿Pasa algo?

Directora – No, no… Aunque normalmente lo lleva, ¿verdad?

Ejecutiva – Como es viernes, he pensado que… Podía ir un poco más informal.

Directora – ¿Más informal?

Ejecutiva – Ya sabe… Eso de ir de «viernes informal».

Directora – ¿«Viernes informal»?

Ejecutiva – En muchas empresas se hace. Los viernes, los directivos se visten de manera más relajada. Elegantes, pero cómodos…

Directora – ¿Ah, sí…?

Ejecutiva – Sin sujetador.

Directora *(desconcertada)* – Bien…

Silencio incómodo.

Ejecutiva – ¿Puedo hablarle con franqueza?

Directora *(algo inquieta)* – Creo que casi prefería cuando llevaba sujetador…

Ejecutiva – Nuestra empresa tiene una imagen algo estirada. Lo dicen todos los estudios: parecemos anticuados. Se me ocurrió que, además del nuevo catálogo, si adoptábamos los viernes informales, estaríamos más al día.

La directora se queda desconcertada. Vacila un instante y toma una decisión.

Directora – Pues… ¿sabe qué? Tiene razón. Vamos allá.

Se vuelve de espaldas al público, hace unas contorsiones y se gira de nuevo, agitando su sujetador.

Directora – Si es lo que se lleva en las empresas modernas…

La otra se queda algo sorprendida.

Directora *(aliviada)* – Ah… Pues sí que se respira mejor. ¿Estoy más moderna así?

Ejecutiva – Muchísimo más.

Directora – La próxima vez me quito también las bragas…

Pero la directora parece seguir preocupada.

Directora – Aunque… ¿no resulta un poco incómodo? Por nuestro cliente, digo…

Ejecutiva – ¿Por qué?

Directora – Porque venden sujetadores, ¿no?

Ejecutiva – Ah… ¡Vaya! Pero bueno, es solo los viernes.

La directora acaba por resignarse.

Directora *(más relajada)* – En fin, tendré que llevarla a la reunión… *(Muy satisfecha de su ocurrencia.)* Como quien lleva una vaca al toro…

La ejecutiva la mira, desconcertada. Ambas se levantan para acudir a la reunión.

Directora – ¿Con quién habíamos quedado?

Ejecutiva – Con la nueva directora general.

Directora – ¿La nueva?

Ejecutiva – La anterior se suicidó el viernes pasado. ¿No se había enterado?

Directora – ¡Dios mío! No lo sabía. Qué cosa más horrible.

Ejecutiva – Se ahorcó del perchero de su despacho. Precisamente con el tirante de su sujetador…

Directora – Pues se ve que hacen sujetadores resistentes… Para aguantar semejante peso… Recuérdeme que le mandemos a la jefa de la agencia un kit antisuicidio con sus opciones sobre acciones.

La ejecutiva se sorprende e inquieta al ver a su directora tan relajada.

Directora – Es broma. ¿No habíamos quedado en ser informales?

Salen. Volvemos a la barra.

Clienta – Naturalmente, perdimos al cliente…

Dueña – ¿Y para la siguiente reunión volvió a ponerse el sujetador?

Clienta – No. Dimití. Me fui a dar la vuelta al mundo y, cuando regresé, compré un boleto de lotería.

Dueña – Normalmente se hace al revés.

Clienta – Ya, pero así hay muchas menos posibilidades de dar la vuelta al mundo. Además, la gente compra la casa y el coche a crédito…

Dueña – Con lo endeudados que están los países, hasta se puede decir que tenemos hijos a crédito.

Clienta – Yo decidí gastarme el premio por adelantado… Por si se daba el improbable caso de que no me tocara. ¿Usted ha dado la vuelta al mundo?

Dueña – No. Con la lotería me pasa como con el tabaco: vendo boletos, pero no juego.

Clienta – En cierto modo, vende sueños.

Dueña – Y créame, cuanto más pobre es la gente, más necesita soñar.

Clienta – Cuando era pequeña, cerca de mi casa había una tienda de artículos de broma. Se llamaba «La felicidad de los niños». Pasaba por delante todos los días camino del colegio y miraba el escaparate, pero no tenía dinero para entrar. Aprendí muy pronto que, aunque la felicidad sea una broma, hay que poder permitírsela.

La luz regresa a una de las mesas. Hay dos mujeres sentadas. La segunda mira fijamente al frente.

Mujer 1 – ¿Qué miras?

Mujer 2 – Espero el resultado de la lotería. Lo van a poner en esa pantalla…

Mujer 1 – ¿Juegas a la lotería?

Mujer 2 – Me ha dado por probar.

Mujer 1 – ¿Por qué no? *(Silencio.)* ¿De cuánto es el bote?

Mujer 2 – Ciento quince millones.

Mujer 1 – Ciento quince millones…

Mujer 2 – ¿Estás intentando imaginar cuántos billetes son?

Mujer 1 – A partir de cierta cantidad se pierde la referencia. Si te dicen que una estrella está a ciento quince millones de años luz, tampoco te preguntas cuántos kilómetros son.

Mujer 2 – Ni cuánta gasolina gastarías en llegar hasta allí con un coche de segunda mano…

Mujer 1 – ¿Qué números has jugado?

Mujer 2 – Mi número de la Seguridad Social. Y la fecha en que cobré el último subsidio de desempleo.

Mujer 1 – La fortuna favorece a los audaces… Imagínate que ganamos.

Mujer 2 – Me cuesta un poco imaginarlo.

Mujer 1 – Se acabó madrugar los lunes para ir a trabajar. Trescientos sesenta y cinco días de vacaciones al año…

Mujer 2 – Ya… Dejarlo todo…

Mujer 1 – ¿Todo? *(La otra sigue pendiente de la pantalla.)* ¿Qué harías con ciento quince millones ahora mismo? Bueno, con cincuenta y siete y medio… *(La otra la mira.)* Estamos juntas, ¿no? Para lo bueno y para lo malo…

Mujer 2 – No sé. Ganas diez mil euros y te alegras. Te permites algún capricho, pero tu vida sigue más o menos igual. Con ciento quince millones es otra historia. Hay un antes y un después. Te conviertes en otra persona. Es como volver a nacer. Da un poco de miedo, ¿no?

Mujer 1 – Yo empezaría diciéndole a mi jefe lo que pienso de él. Después iría al concesionario de Mercedes a comprarme un coche más grande que el suyo. Ganar la lotería es otra manera de instaurar la dictadura del proletariado… A título individual.

Mujer 2 – Tiene que impresionar. De un día para otro, sin límites para tus deseos, sin obligaciones. Poder hacer lo que quieras. Absolutamente lo que quieras…

Mujer 1 – Creo que sabría llevarlo.

Mujer 2 – No estoy tan segura. Basta con leer los periódicos: cuántos premiados acaban arruinados…

Mujer 1 – Si lo peor que puede pasarte por ganar la lotería es acabar arruinada, tampoco tenías mucho que perder.

Mujer 2 – Y los divorcios… ¿Crees que nuestra relación sobreviviría?

Silencio.

Mujer 1 – Aunque, ahora que lo pienso, no sé… ¿Cómo le das sentido a una vida de multimillonaria que te cae del cielo por puro azar?

Mujer 2 – ¿Crees que las hijas de los multimillonarios se hacen esas preguntas metafísicas?

Mujer 1 – Ya, pero ellas nacieron así. Han tenido tiempo de acostumbrarse. No conocen otra cosa. Cuando ganas la lotería, te cae todo de golpe. Una posibilidad entre veinte millones, ¿te imaginas?

Mujer 2 – En una eyaculación hay, por término medio, trescientos millones de espermatozoides.

Mujer 1 – ¿Y qué?

Mujer 2 – Que, si estamos aquí las dos, ya hemos tenido muchísima suerte. Nuestra vida de currantes también nos tocó por azar. Digamos que con la lotería intentamos darle al destino otra oportunidad de corregir el error de no habernos hecho nacer con una cuchara de plata en la boca.

Mujer 1 – No sé… Me asusta un poco. Y sería como admitir que nuestra vida de ahora no vale nada, que no ha merecido la pena vivirla. ¿Es eso lo que piensas? ¿Por eso juegas? ¿Porque crees que nuestra vida no vale nada?

Mujer 2 – Pero ¿qué dices? Además, es la primera vez que juego. Solo por divertirme.

Mujer 1 – La mayoría de los premiados jugaban por primera vez. La suerte del principiante, ya sabes…

De repente, las dos parecen casi asustadas.

Mujer 2 *(tensa)* – Ya van a dar el resultado…

Observan el sorteo, hipnotizadas.

Mujer 1 – ¿Y…?

Mujer 2 *(comprobando el boleto)* – No hemos acertado ni uno. Ni un solo número. Es rarísimo. Ya no me acuerdo bien de las clases de estadística, pero casi me pregunto si fallarlos todos no será tan improbable como acertarlos todos.

Mujer 1 – Entonces, en cierto modo, hemos tenido suerte…

Se miran con complicidad y se hacen una caricia.

Mujer 2 – Pensar que toda esta felicidad podría haberse ido al traste de golpe…

Mujer 1 – Se me ponen los pelos de punta…

Volvemos a la barra, con la dueña y la clienta.

Clienta – Nunca he tenido suerte. No he ganado nada en mi vida, ni en una rifa. Ni siquiera recuerdo que me tocara la figurita del roscón de Reyes. No pedía el premio gordo. Me habría conformado con uno de consolación.

Dueña – Pero tampoco ha sufrido grandes desgracias.

Clienta – Es verdad. Tampoco puedo decir que haya tenido especialmente mala suerte. Una vida corriente. Aprobado raspado. Sin grandes alegrías ni grandes tragedias. Ni cuento de hadas ni drama. Sin demasiados sobresaltos, pero tampoco nada emocionante…

Dueña – ¿Y aun así la dejó?

Clienta – Fue ella quien me dejó a mí.

Dueña – ¿Ella? *(La otra no contesta.)* Ah, entiendo…

Clienta – Nos conocíamos desde párvulos. En aquel colegio separaban a niños y niñas, pero no creo que eso explique gran cosa.

Dueña – Un vegetariano sigue siendo vegetariano aunque lo encierres en una carnicería.

Clienta – Fue mi primer amor. Pero los amores de infancia rara vez sobreviven a los exámenes finales o al carné de conducir.

Dueña – Si es amor de verdad, es para toda la vida, ¿no?

Clienta – El amor de infancia es para siempre… Lo que no dura es la infancia.

La luz vuelve a una de las mesas.

Dos mujeres miran a lo lejos. La segunda lleva un gorro bajo el que no asoma ni un pelo.

Una – ¿Has visto qué árbol tan bonito?

Dos *(sin interés)* – Ya.

Una – Está tan integrado en el paisaje que hemos dejado de verlo.

Dos – Mmm…

Una – Es un roble. Ya estaba aquí antes de que naciéramos.

Dos – ¿Cómo lo sabes, si aún no habíamos nacido?

Una – De pequeñas colgamos un columpio de una de sus ramas. Ya era así de grande. ¿No te acuerdas?

Dos – No.

Una – Yo sí. Me rompí un brazo cayéndome del maldito columpio.

Dos – Te has roto tantas cosas que no puedo acordarme de todas. Una vez hasta te rompiste el culo.

Una – El cóccix.

Dos – Al caerte de una silla. Increíble. Me pregunto qué hueso te queda por fracturar. *(Una pausa.)* El cóccix… Ni sabía que existía cuando éramos pequeñas. Y aún hoy dudo de cómo se escribe.

Una – Pues en el Scrabble da un montón de puntos…

Dos – Cuando pienso en ti de pequeña, siempre te veo escayolada. Hasta en las fotos del colegio apareces con un brazo en cabestrillo, unas muletas o un vendaje enorme. No sé cómo has conseguido llegar hasta aquí de una pieza.

Una – Tú nunca te has roto nada. Como ese árbol…

Dos – Y eso que hacía las mismas tonterías que tú. Yo también he vivido peligrosamente. Alguna Navidad hasta he abierto ostras, y jamás me he atravesado una mano con el cuchillo…

Una – Siempre has tenido más suerte que yo. Muchas veces te lo he echado en cara…

Dos – ¿De verdad crees que la afortunada he sido yo?

Una – Vale, llámame torpe.

Dos – ¿Adónde quieres llegar con lo del árbol?

Una – Ha resistido todas las tormentas. Sin romperse una sola rama. Como tú. Dentro de cien años seguirá aquí.

Dos – Aunque siga en pie, a lo mejor ya se está pudriendo por dentro. Mira, no le queda ni una hoja. Como a mí.

Una – Es normal. Estamos en otoño…

Dos – Ah, sí, claro. Ni me he enterado de que pasaba el verano. Desde mi ventana del hospital solo veía el aparcamiento del supermercado.

Una – En primavera volverán a salirle hojas. Ya verás.

Una pausa.

Dos – ¿Y a mí? ¿Crees que en primavera me volverá a crecer el pelo?

Una *(tendiéndole la mano)* – Estoy segura. Te doy mi palabra.

Volvemos a la barra, con la dueña y la clienta.

Dueña – Es duro ver marcharse a la gente que quieres. Pero ¿sabe qué es lo que más pena me da a mí?

Clienta – No.

Dueña – Ver envejecer a mis vecinos…

Clienta – Ah, sí.

Dueña – Piensa que un día se morirán y vendrán otros a ocupar su sitio. Gente joven. Y los jóvenes a veces hacen mucho ruido. Nunca sabe quién le va a tocar… En fin, nosotras seguimos aquí. De momento.

Clienta – Sí. Pero entonces pensé que, si no quería morirme sin haber entendido nada, tenía que encontrarle algún sentido al tiempo que me quedaba.

Dueña – ¿Volvió a cambiar de trabajo?

Clienta – Acababa de conseguir por fin un empleo estable. Y ya me imaginaba jubilándome unas cuantas décadas después…

Dos mujeres, una joven y otra mayor, están sentadas, cada una a una mesa. La joven aparenta trabajar con una calculadora y anota cifras en un papel. La mayor no tiene nada que hacer.

Joven *(con cordialidad algo forzada)* – Bueno, ya está, ¿no? Es su último día…

Mayor – Sí…

Joven – ¿Qué se siente?

Mayor – Como cuando has visto una película vieja demasiadas veces. Al final ya no entiendes nada.

Joven – La echaremos de menos… ¿Va a organizar una despedida?

Mayor – ¿Una despedida?

Joven – ¡Una fiesta de despedida!

Mayor – Ah… No sé… ¿Debería? *(La joven no contesta y sigue trabajando.)* ¿Sabe qué voy a echar más de menos? Ese regusto amargo del café por la mañana. El día que empieza… Al mediodía ya está todo perdido.

Joven – ¿Y qué va a hacer… después?

Mayor – Descansar, supongo… Es lo que se hace, ¿no?

Joven – ¿Se queda por aquí o se marcha?

Mayor – ¿Adónde quiere que vaya?

La joven pone cara de perplejidad, pero suena el móvil.

Joven – Sí… No… Sí, sí… No, no…

La joven cuelga y apunta algo en un papel.

Mayor – ¿Llega pronto?

Joven – ¿Quién?

Mayor – ¡Mi sustituta!

Joven – Ah… El lunes, creo.

Mayor – Entonces no llegaré a conocerla. ¿Usted la conoce?

Joven – No… *(Algo incómoda.)* En realidad, soy yo quien va a ocupar su puesto.

Mayor *(sin hostilidad)* – Ah, entiendo… ¡Enhorabuena! Y la nueva ocupará el suyo. Es lógico.

Vuelve a sonar el móvil. La joven contesta.

Joven – Sí… No… Sí, sí… No, no…

Mayor – ¿Le apetece un café?

Joven – ¿Por qué no?

La mayor le trae una taza.

Mayor – Le dejaré la cafetera, si quiere. En el despacho, digo…

Joven – ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando aquí?

Mayor – Demasiado… *(Una pausa.)* ¿Y usted?

Joven – Acabo de llegar.

Mayor – ¿Piensa quedarse?

Joven *(satisfecha)* – Hoy termino el periodo de prueba. Mañana me hacen fija. Es automático.

Mayor – Entonces… estará contenta.

Joven – No está mal.

Beben café a sorbitos.

Mayor – Está bueno, ¿verdad? ¿No está muy cargado?

Joven – Está perfecto.

Mayor – Apenas nos conocemos, en realidad. ¿Está casada?

Joven – Todavía no. ¿Y usted?

Mayor – No.

Joven – Bueno… Tengo que seguir trabajando.

Mayor – Sí, perdone. Yo ya no me juego nada, es mi último día. Pero usted… Si su periodo de prueba no termina hasta esta noche… Ya tendrá tiempo de no hacer nada cuando sea fija.

La joven mira a la otra, sin saber si bromea. Vuelve al trabajo. La mayor empieza a silbar o a tararear una canción. La joven, visiblemente molesta, le lanza una mirada de reproche.

Mayor – Perdone… *(La joven vuelve al trabajo.)* Cuando me vaya, puede ponerse en mi sitio. La mesa es un poco más grande, ¿no?

Joven – Sí… Es lo previsto.

Mayor – Es verdad, qué tonta soy… Y la nueva ocupará la mesa pequeña. *(Su inactividad desconcentra a la joven.)* Perdón, intentaré entretenerme con algo. Tendría que empezar a recoger mis cosas… *(Rebusca en un bolso grande.)* Aunque, cuando digo recoger… Creo que todo cabrá en una bolsa de plástico. Qué curioso. Toda una vida y ¿qué queda? Unas carpetas vacías en un armario… No puede decirse que dejemos una gran huella, ¿verdad? ¿No tendrá una bolsa de plástico? *(La joven le indica con la mirada que no.)* Y pensar que, cuando entré aquí, ocupaba su mesa. ¿Sabe con qué soñaba entonces? *(La joven niega con la cabeza.)* Con escribir. No informes y actas, como he hecho toda la vida. Escribir de verdad. Justamente para no tener que rendir cuentas. Pensé que con un trabajito tranquilo tendría tiempo de empezar. Y ya ve: pasaron los años y nunca me puse a ello.

Joven – Ahora tendrá tiempo…

Mayor – Sí. Toda la eternidad. Pero ¿qué voy a contar? ¿Mi vida? Ya le he dicho que cabe en una bolsa de plástico.

Suena el teléfono.

Joven – Sí… No…

Mayor – Puede que incluso en un preservativo…

Joven – Sí, sí… No, no… *(Cuelga.)* ¿Qué decía?

Mayor – Nada.

Joven – ¿Sabe lo que estaba pensando?

Mayor *(ilusionada)* – No…

Joven – ¿Y si aprovecho para pedir que nos pongan moqueta?

Mayor *(perpleja)* – ¿Moqueta?

Joven – Para no molestar a los de abajo. El suelo de madera es bonito, pero cruje…

Mayor – ¿Se han quejado los de abajo?

Joven – No, pero entra y sale mucha gente de aquí…

Mayor – Yo voy a vivir abajo.

Joven – ¿Ah, sí?

Mayor – En algún sitio hay que vivir. Es un poco oscuro, pero conozco bien el barrio. No me sentiré fuera de lugar.

Joven – ¿Y no le molestará oírnos caminar por encima todo el día?

Mayor – Me distraeré. Pensaré: «Mira, ahí arriba siguen trabajando, mientras yo puedo pasarme el día tumbada».

Joven – Bueno… Entonces nada de moqueta.

La joven vuelve al trabajo.

Mayor – ¿Y usted con qué sueña?

Joven – ¿Mis sueños?

Mayor – Es joven. Aún tendrá sueños. Si le tocara el premio gordo, ¿qué haría?

Joven – Me iría de vacaciones, supongo…

Mayor – ¿Y después?

Joven – Después… A lo mejor montaría mi propio negocio.

Mayor – ¿Para qué?

Joven – ¡Para no tener jefe!

Mayor – Montar una empresa para no tener jefe… Más fácil sería no trabajar, ¿no le parece?

Joven – Sí, puede… *(La interrumpe el móvil.)* No… Sí, sí… No, no… *(Cuelga.)* A ver, ¿por dónde iba?

Mayor – Márchese.

Joven – ¿Cómo dice?

Mayor – ¡Váyase! ¡Ahora que todavía está a tiempo!

Joven – ¿Adónde?

Mayor – ¿Cuántos años tiene, veinte? ¿De verdad quiere acabar como yo?

Joven – Habrá que ganarse la vida. ¿Qué propone?

Mayor *(desarmada)* – Nada… Tiene razón.

La joven vuelve al trabajo.

Joven – ¿Sabe lo que creo?

Mayor – No.

Joven – Van a cerrar la empresa.

Mayor – ¿Cómo que van a cerrarla?

Joven – ¿Sabe qué fabricamos?

Mayor – No.

Joven – ¿Lleva toda la vida aquí y no sabe qué fabricamos?

Mayor – Al principio creo que lo sabía. Pero ha cambiado tanto… Nos han comprado al menos diez veces. Ni siquiera sabía que siguiéramos fabricando algo. ¿Qué fabricamos?

Joven – ¡Urnas!

Mayor – ¿Urnas?

Joven – El mercado se está hundiendo.

Mayor – ¿Por la abstención electoral?

Joven – ¡Urnas funerarias!

Mayor – Ah…

Joven – Parece que ya ha pasado la gran oleada de entierros…

Mayor – ¿Tan grave es?

Joven – Van a cerrar esta empresa… y abrir otra.

Mayor – ¿Se llevan la fábrica a otro país?

Joven – Ni eso. Seguramente conservaremos las mismas instalaciones.

Mayor – ¿Y los empleados?

Joven – Salvo las bajas naturales, como la suya, recolocarán a todo el mundo. Puede que incluso contraten a más gente. Bastará con cambiar el nombre de la empresa y fabricar otra cosa. No faltan posibilidades, ahora que vuelven a nacer tantos niños…

Mayor – Entonces, ¿qué cambia?

Joven – En realidad, casi nada.

La joven vuelve a trabajar. La mayor se queda pensativa.

Mayor – ¿De verdad no hay manera de parar todo esto…?

Joven – ¿El qué?

Mayor – No sé… Estoy segura de que, si nos pusiéramos en huelga, los de arriba ni se enterarían.

Joven – Usted sí que es un personaje…

Mayor – Sí… Un personaje mayor. ¿Se ha fijado? A nadie le sorprende que una chica joven sea excéntrica. A su edad está permitido, incluso bien visto. Casi es saludable. Pero al envejecer se supone que se te pasa. El pelo rojo, un aro en la nariz… A los treinta ya resulta ridículo; pasados los cincuenta, sospechoso. ¿Sabe qué es envejecer? No encontrar cada mañana una forma nueva de inventarte la vida después del café. En el fondo nos morimos por falta de imaginación. Usted no es mucho de aros en la nariz, ¿verdad?

Joven – ¿Tiene hijos?

Mayor – No.

Joven – ¿Le habría gustado tenerlos?

Mayor – ¿Para qué?

Joven – Para no envejecer sola, por ejemplo.

Mayor – Tengo vecinos. Envejecen conmigo.

Joven – Hablar con usted resulta bastante deprimente.

Mayor *(divertida)* – ¿Le parece?

Joven – No es para tanto.

Mayor – ¿Que soy deprimente?

Joven – Quizá pide demasiado.

Mayor – Sí… Eso me dijeron los de arriba la última vez que me atreví a pedir un aumento.

Joven – ¿Hace cuánto?

Mayor – Ya ni me acuerdo.

Joven – Pero si arriba ya no queda nadie. ¿Tampoco lo sabía?

Mayor – ¿Cómo que no queda nadie?

Joven – Nos ha comprado un fondo de pensiones.

Mayor – ¿O sea… los jubilados?

Joven – Sus viudas, en todo caso.

Mayor – Entonces, cuando me jubile, ¿seré la dueña de mi propia empresa?

Joven – Ya ve. Ni siquiera hace falta jugar a la lotería. Basta con esperar.

La mayor se queda callada, desolada.

Mayor – Si organizo una fiesta de despedida, ¿vendrá?

Joven – ¿Por qué no? Mándeme una esquela.

A lo lejos se oye el ulular de una sirena.

Mayor – Es la hora… Tengo que irme… *(Empieza a marcharse.)* Durante años, cuando sonaba la sirena del mediodía, me entraban ganas de correr a un refugio. Y eso que ni siquiera viví la guerra. Pero nunca llegaba ningún bombardeo, así que me limitaba a irme a comer… *(Se vuelve una última vez hacia la joven.)* Le dejaré mis cheques restaurante.

Se marcha. La joven sale poco después. Volvemos a la barra con la dueña y la clienta.

Clienta – No quería terminar así. De modo que dimití.

Dueña – ¿Otra vez? ¡Usted no para quieta!

Clienta – No sabía exactamente qué quería hacer con mi vida. Pero ya sabía lo que no quería seguir haciendo.

Dueña – Algo parecido pensé cuando dejé la prostitución. Además, cada vez me costaba más llegar a fin de mes.

Clienta – ¿A fin de mes…?

Dueña – Había demasiada competencia, y cada vez cobraban menos. Así que decidí quedarme con este bar.

Clienta – Yo entonces empecé a pensar en escribir.

Dueña – ¿Eso es un oficio?

Clienta – Contar historias… A veces me pregunto si no será esa la profesión más antigua del mundo.

La luz ilumina una mesa donde está sentada una mujer. No tiene ninguna consumición delante. Llega otra mujer.

Una *(levantándose)* – Ah, has venido…

Dos – ¿Tenía elección?

Incómodas, dudan si saludarse con un beso, pero al final no lo hacen. Se sientan.

Una – ¿Quieres tomar algo?

Dos – He pedido un café al entrar.

Una – Sabemos que nadie está aquí para siempre, pero aun así impresiona…

Dos – A su edad… Sabíamos que estaba en tiempo de descuento, ¿no?

Una – Por lo visto murió mientras dormía.

Dos – ¿Ah, sí?

Una – Por lo menos no sufrió. Ni se enteró de que se iba.

Dos – Una buena muerte, como dicen. No sustituye a una buena vida, pero menos da una piedra.

Una – Siempre hizo lo que quiso.

Dos – ¿Basta con eso para tener una buena vida?

Una – Eran otros tiempos.

Dos – Ya…

Silencio incómodo. La segunda se levanta.

Dos – Voy a ver qué pasa con mi café. Parece que se han olvidado de mí. ¿Quieres algo más?

Una – A mí tampoco me han traído lo que pedí.

La segunda se acerca a la barra, que queda en penumbra. La primera se retoca el maquillaje. La otra regresa con dos tazas de café y se sienta.

Dos – Los tenían preparados, pero se habían olvidado de traerlos.

Una – Espero que siga caliente.

Dos *(probándolo)* – Desde luego está cargado. Despertaría a un muerto.

La otra la mira sorprendida, sin saber si lo ha dicho en broma.

Una – Ni siquiera pudimos despedirnos de él.

Dos – ¿Despedirnos?

Una – Decirle adiós, si lo prefieres.

Dos – No sé qué prefiero, la verdad.

Una – Si lo hubiéramos sabido…

Dos – Aunque hubiéramos conocido el día y la hora, ¿qué habría cambiado entre nosotros?

Una – Podríamos haberle dicho unas últimas palabras.

Dos – ¿Unas últimas palabras? ¿Cuáles, por ejemplo?

Una – No sé…

Dos – En mi caso, no estoy segura de que mis últimas palabras le hubieran servido de consuelo.

Una – No vale la pena darle más vueltas al pasado. Ahora que ya no está…

Dos – Tienes razón. Miremos decididamente hacia el futuro. Entonces, ¿qué hacemos con el cadáver?

Una – Hablas como si lo hubiéramos asesinado nosotras.

Dos – Había pensado en la incineración…

Una – ¿Crees que eso es lo que él habría querido?

Dos – Ni idea. No recuerdo haber hablado nunca de eso con él. Es más, no recuerdo haber tenido nunca una conversación de verdad con él. ¿Y tú?

Una – Yo tampoco.

Dos – Entonces nos toca decidir a nosotras. A mí nunca me han gustado demasiado los mausoleos. Salvo para los grandes personajes, claro. Tampoco vamos a embalsamarlo como a Stalin. Y no pienso llevarle flores todos los años por Todos los Santos.

Una – No sé…

Dos – Hablo por mí. Pero si a ti te hace ilusión ir a llevar flores a su tumba todos los años, no voy a privarte de ese placer. Si prefieres invertir en piedra, haremos lo que quieras.

Una pausa.

Una – ¿Y qué haríamos con las cenizas?

Dos – Repartirlas. Es lo único que nos ha dejado.

Una – No podemos hacer eso.

Dos – Si prefieres esparcirlo entero por el césped de tu jardín, entre la barbacoa y la piscina, te cedo mi parte encantada.

Silencio.

Una – ¿Cómo puedes ser tan dura?

La emoción acaba imponiéndose.

Dos – ¿Cómo hemos llegado a esto? Esa es la pregunta.

Una – Las cosas han salido así. No es culpa de nadie.

Dos – ¡La culpa tiene que ser de alguien!

Una – Ya es demasiado tarde.

Silencio.

Una – ¿Y tú qué tal estás?

Dos – Bien.

Una – ¿Eso es todo?

Dos – Sería muy largo de contar.

Suena su móvil. Contesta.

Dos – ¿Sí? Ah, eres tú… No, no… Sí, sí, pero… Mira, estoy en una reunión. Bueno, en una reunión familiar. No, tampoco es una fiesta, ya te contaré. ¿Puedo llamarte luego? Vale, hasta después… Yo también.

Guarda el móvil.

Dos – Perdona… ¿Y tú cómo estás?

Una – Ha pasado tanto tiempo que no sé ni por dónde empezar.

Vuelve a sonar el móvil de la otra.

Dos – Perdona… *(Contesta.)* ¿Sí? Ah, vale. No, no pasa nada. ¿No? Pero si les dije que… Está bien. Llegaré dentro de una hora.

Guarda el móvil.

Dos – Lo siento muchísimo. ¿Por dónde íbamos?

Una – Por nada importante.

Dos – Mira, si puedes encargarte tú de todo… A mí me supera. Haz lo que te parezca, por mí no hay problema. Y, por supuesto, compartimos los gastos.

Se levanta.

Dos – Tengo que irme, de verdad. No contaba con… Pero podríamos comer juntas un día de estos.

Una – ¿Por qué no?

Empieza a sacar un billete del bolso para pagar.

Dos – Déjalo, ya pagaré yo al salir. Tienes mi número, ¿no? Me mantienes informada.

Una – De acuerdo.

Esta vez se besan, torpemente. La segunda se marcha. La primera vuelve a sentarse y termina el café.

Una – Y ahora está frío…

Volvemos a la barra.

Clienta – Esta tarde he enterrado a mi padre.

Dueña *(alarmada)* – ¿Enterrado?

Clienta – Sí, bueno… No es que yo le diera un palazo en la cabeza y luego cavara el hoyo. Fue una ceremonia oficial. Todo muy correcto. Quiero decir que hoy ha sido su funeral.

Dueña – Vaya, joder…

Clienta – No tuve que ocuparme de nada. Había contratado un plan funerario. Ahora lo organizan todo estupendamente. Recibí el aviso por correo electrónico y elegí la corona de flores en la web de la floristería que venía en el enlace.

Dueña – Habrá sido un golpe muy duro.

Clienta – No sé… Más bien sentí alivio. Tenía noventa y ocho años. Había empezado a creer que nunca iba a morirse. O que yo moriría antes que él. No es normal morir antes que tus padres, ¿verdad? En cualquier caso, no lloré.

Dueña – Que uno no llore no significa que no esté triste. *(Sentenciosa.)* Los grandes dolores son silenciosos.

Clienta – La única vez que vi llorar a mi padre fue cuando se murió su perro.

Dueña – Los animales nunca te decepcionan.

Clienta – Por eso, seguramente, dejó la mitad de sus bienes a una protectora de animales. Creo que, si hubiera podido llevarse a la tumba al perro y todo su dinero, como Tutankamón, lo habría hecho. Para asegurarse de que no le faltara nada al otro lado. Ni compañía.

Dueña – Con sus historias va a terminar deprimiéndome a mí también. ¿Le pongo otra? Invita la casa.

La dueña vuelve a llenar los dos vasos.

Dueña – No sé… ¿Nunca intentó hablar de verdad con sus padres?

Clienta – Una vez escribí una carta a mi madre para decirle que ya no podía hacerme daño. Pero que, desgraciadamente, tampoco podía hacer nada por mí.

Dueña – Ah, bueno… Es un comienzo. ¿Le respondió?

Clienta – Nunca envié la carta. Llega un momento en la vida en que hay que renunciar al gran ajuste de cuentas con los padres. Aceptar despedirse sin quedar exactamente como amigos. Dejar las cosas en un malentendido. Pero ni eso es siempre fácil.

Dueña – No sé… Yo nunca conocí a mis padres.

Clienta – No sabe la suerte que tiene. La familia es una comedia de enredos que siempre acaba en tragedia. Los papeles se reparten de antemano y, en cada reunión,

se representa la misma obra. Nadie se atreve a cambiar de frase, por no desconcertar a los demás. Y por miedo a que el director de escena les dé un tirón de orejas.

Dueña – ¿El director de escena?

Clienta – Ahora, por fin, puedo hacer lo que quiera. Sin pareja, sin padres, sin jefe. Voy a poder escribir mi propia vida.

Dueña – No quisiera ofenderla, pero ¿de verdad cree que eso le interesará a alguien? Si fuera una cantante famosa, una presentadora de televisión o la mujer de un futbolista…

Clienta – No hablo de escribir mis memorias. Nunca he entendido a quienes se pasan media vida leyendo las memorias de sus antepasados y la otra media escribiendo las suyas. Y se olvidan de vivir entre una cosa y otra.

Dueña – Llorando por unos buenos tiempos que no querrían revivir ni por todo el oro del mundo.

Clienta – Yendo de aniversario en aniversario y de conmemoración en conmemoración, para acabar pasando las vacaciones de peregrinación.

Dueña – Pasándose los domingos llevando flores a las tumbas de gente a la que detestaban cuando estaba viva.

Clienta – No. Yo quiero convertir mi vida en una novela.

Dueña – Ah, nada menos.

Clienta – Aunque solo fuera una novela de quiosco.

Termina su cerveza y se dispone a irse.

Clienta – Debía de tener diez años. Una noche empezó a sangrarme la nariz. No paraba. Yo miraba el paño empapado en sangre… Mi padre estaba viendo la televisión.

Dueña – ¿Y qué pasó?

Clienta – Al final mi madre le dijo que sería mejor llevarme al hospital. Pero siempre me he preguntado qué habría aquella noche en la tele para que mi padre no se diera cuenta de que su hija se estaba desangrando.

La clienta hace ademán de marcharse.

Dueña – Yo también tendría cosas que contar, ¿sabe? Con todos los clientes que han pasado por aquí…

Clienta – ¿Los que venían a comprarle tabaco o los que venían a buscar otro tipo de servicios?

Dueña – No se lo creerá, pero a veces eran los mismos. Nunca me he mudado de barrio. Son clientes de toda la vida. Vuelven para charlar, para contarme sus miserias. Un poco como usted.

Clienta – Ya se lo decía: quien atiende un bar o se dedica a la prostitución se parece a un cura o a un psicólogo. La gente viene a desahogarse y, cuando se marcha, deja un billete sobre la barra.

Deja un billete en la barra. La luz ilumina una mesa donde está sentada una chica joven, que puede ser una de las que aparecían en la escena de los resultados de los exámenes, al principio de la obra. La clienta se acerca a la mesa.

Clienta – Buenos días.

Chica – Hola.

Clienta – Soy la autora. Me he tomado un descanso. *(Saca un paquete de cigarrillos y se lo ofrece.)* ¿Quiere uno? Fumar mata, pero, al menos, ayuda a cuadrar las cuentas de las pensiones.

Chica – Gracias. No fumo.

Clienta – Ah… Perdone.

Guarda el paquete de cigarrillos.

Clienta – ¿Está mirando a las palomas?

La chica le dedica una mirada escéptica.

Chica – ¿Esto va a salir en la obra?

Clienta – ¿El qué?

Chica – Lo que estamos diciendo.

Clienta – Todavía no lo sé. Depende.

Chica – ¿De qué?

Clienta – De si nuestra conversación resulta interesante, supongo. ¿Tiene algo interesante que decir?

Chica – Se supone que la escritora es usted.

Clienta – Sí.

Chica – O eso dice.

Clienta – Sí…

Silencio.

Chica – ¿Escribe por las noches?

Clienta – No. ¿Por qué?

Chica – Tiene cara de cansada.

Clienta – Me acuesto pronto, me levanto tarde y escribo a última hora de la mañana. A veces vuelvo a ponerme después de la siesta.

Chica – Qué vida tan poco rockera.

Clienta – Ha sido un placer hablar con usted.

Chica – ¿De verdad es escritora?

Clienta – ¿No le parece?

Chica – La cosa no acaba de arrancar.

Clienta – Tampoco me ayuda mucho. Dicen que, cuando tienes un buen personaje, basta con dejarlo hablar.

Chica – Y cuando no tienes nada que contar, te pones a hablar del teatro dentro del teatro. Eso está muy visto, ¿no? Cuando un autor empieza a hablar de su propio oficio, quizá es que se le han acabado las historias.

Clienta – Bueno…

Antes de salir, nota la mirada de la dueña y se vuelve hacia ella por última vez.

Dueña *(con amable ironía)* – Todavía le queda trabajo…

Clienta – Si tuviera usted hijos, estoy segura de que estarían orgullosos de usted.

Transición musical y cambio de iluminación.

La chica se levanta y comienza con la clienta una especie de ballet muy sencillo, caminando. Se cruzan una y otra vez. Se acercan y se alejan.

Chica –

Estoy donde nadie me esperaba.
¿Habré cumplido con lo que esperabas de mí?
Me alejo de quien ya me está esperando.

Clienta –

Sigo mi camino de pequeñas alegrías,
sin mirar atrás.
El otoño ha barrido las hojas de mi senda
y el viento del invierno ya borra mis huellas
en el polvo del verano.
¿Quién podrá decir en primavera: «Yo pasé por aquí»?

Chica –

No había palabras, ni siquiera para este recuerdo.
Ni una palabra para decirlo o desmentirlo.
Ni una palabra para nombrarlo. ¿Quién podría llevarme la contraria?
No había palabras. No consigo recordarlas.

Clienta –

Una vez en la vida, conteniendo el aliento,
como un reloj parado que por fin da la hora exacta,
mirar de frente mi destino, aun a riesgo de perderlo,
y, en el último instante, poder volverme
para tomarle la mano a la niña que fui.

La clienta tiende la mano hacia la que le ofrece la chica. Sus manos se tocan, como en un relevo. La clienta sale.

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo de 2024

ISBN 978-2-38602-209-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.